

Bermúdez Lilia, **Guerra de Baja Intensidad. Reagan contra Centroamérica**, México, Siglo XXI, 1987, 229 pp.

“Guerra limitada”, “guerra barata”, “guerra pequeña”, son sólo algunas de las denominaciones que forman parte de una vasta nomenclatura que aparece en los textos estadounidenses sobre estrategia militar para definir todas aquellas situaciones que se presentan en el mundo en desarrollo y que se perciben como “desafíos” al interés y la seguridad nacionales de Estados Unidos. Así, estas locuciones no sirven para nombrar a guerras convencionales entre países como la Guerra de las Malvinas o el conflicto entre Irán e Irak, sino para caracterizar a las luchas de liberación nacional que, inevitablemente, se fundan en reivindicaciones democráticas y antimperialistas.

El medio privilegiado para enfrentar este tipo de guerras irregulares ha sido la contrainsurgencia, cuya conceptualización estratégica se introduce con la doctrina de la reacción flexible de la era de Kennedy. El bien conocido desenlace de la guerra del sudeste asiático, además de ser la manifestación más significativa del deterioro de la capacidad hegemónica de Estados Unidos, provocó el descrédito de la estrategia contrainsurgente y limitó la voluntad "invasionista" estadounidense durante algunos años.

Sin embargo, el afán hegemónico siempre presente en la clase dominante estadounidense, impulsó el desarrollo de una estrategia que, partiendo de los errores políticos y militares cometidos en Vietnam, profundizara en los métodos más adecuados para el involucramiento de Estados Unidos en aventuras mesiánicas y que, al mismo tiempo, anulara el "síndrome" antinvasionista del público y del Congreso.

Con la llegada de Ronald Reagan y su equipo neconservador a la Casa Blanca, (portadores de un proyecto global de recuperación hegemónica que reivindica el enfrentamiento Este-Oeste) se dan las condiciones favorables para que se logre imponer, como parte de la política de defensa, la revisión doctrinaria de los estratagemas del Pentágono. Lo anterior se traduce en el diseño de una nueva estrategia militar frente al Tercer Mundo "cuyo distintivo es la intolerancia a movimientos populares de transformación, cualquiera que sea su signo o tipo de cambio que pretenda".

Ya no se trata de "guerras limitadas" sino de conflictos de baja intensidad o guerras de baja intensidad; denominación utilizada para referirse a movimientos tan disímilos en sus orígenes como los que existen en Afganistán, Angola, Líbano, Kampuchea, El Salvador y Nicaragua, por mencionar algunos. Pero para la administración Reagan, éstos comparten una característica: son "eslabones débiles" de la Unión Soviética a los que hay que enfrentar y así, afectar al poderío soviético en Europa Occidental o en el Golfo Pérsico.

Mucho se ha escrito acerca de la guerra de baja intensidad como estrategia estadounidense para encarar los "retos" en el espectro más bajo del conflicto. Su definición misma, sin embargo, presenta una serie de ambigüedades que alcanzan incluso los más altos niveles de la administración Reagan. Entender su significado, así como sus alcances bajo una perspectiva latinoamericana, es la oportunidad que Lilia Bermúdez, especialista en cuestiones estratégicas, nos ofrece en *Guerra de Baja Intensidad* en donde, en forma extensa y extraordinaria, descifra y analiza la "nueva" estrategia de intervención estadounidense que amenaza con revertir el proceso histórico de los pueblos en desarrollo y contener el derecho a la autodeterminación en el mundo.

De la numerosa literatura crítica que se ha producido acerca del desempeño de Estados Unidos en la guerra del sudeste asiático, la autora toma como punto de partida de su trabajo, el libro del coronel Harry G. Summers —veterano de las guerras de Corea y Vietnam—, *On*

strategy. A critical analysis of the Vietnam War, cuyo marco teórico es el pensamiento del gran clásico de la guerra del siglo XIX, Karl von Clausewitz y que a su vez, sirve como instrumento de análisis de *Guerra de Baja Intensidad*.

La importancia de los planteamientos de Summers radica principalmente en que han sido incorporados en la actual estrategia militar estadounidense, tanto en el aspecto convencional como en el no convencional, lo que se traduce en el desarrollo y materialización de dos conceptos que forman una unidad estratégica y que se contemplan como las opciones de la intervención político-militar de Estados Unidos: el rápido despliegue y la Guerra de Baja Intensidad (GBI), siendo el istmo centroamericano el escenario privilegiado para su instrumentación. Sin ser excluyentes, ambas alternativas están determinadas por los reacomodos militares en el teatro de la guerra, así como por las limitaciones que implica su utilización.

Desde 1979, se impone dentro de la revisión doctrinaria, el concepto estratégico del rápido despliegue, "destinado a intervenir rápida y contundentemente en el Tercer Mundo", con lo que se recupera el principio de la ofensiva en términos de iniciativa como lo recomienda Summers, forzando al enemigo a reaccionar más que a actuar. Los instrumentos operativos de esta estrategia son las Fuerzas de Despliegue Rápido (FDR) con base en Estados Unidos y habilitadas para desplegarse hacia cualquier área de contingencia en donde se pretenda detener el "avance soviético" en forma instantánea, evitando el empantanamiento y el gradualismo en la invasión.

En Centroamérica, de 1981 a 1983, el rápido despliegue tuvo como objetivo fundamental lograr una victoria rápida y contundente sobre el FMLN y contener a la Revolución sandinista.

La utilización de las FDR estuvo sin embargo determinada por limitaciones de carácter político, por lo que la estrategia descansó en el entrenamiento de las fuerzas "nativas" (incluida la contrarrevolución nicaragüense) para que fueran ellas la que saturaran el teatro de operaciones. Lo anterior no excluyó la posibilidad de intervenir en caso de una inminente derrota de los ejércitos aliados, hecho que se comprueba por la realización de maniobras y ejercicios militares y navales cuya función fue, y sigue siendo, el adiestramiento de las FDR y el montaje de la infraestructura necesaria para la invasión.

De acuerdo con Clausewitz, la estrategia militar está determinada por tres elementos esenciales: la fuerza, el tiempo y el espacio. Si cambia uno necesariamente varía el otro, modificando las condiciones del combate; premisa que Lilia Bermúdez considera como fundamental en la reformulación estratégica del rápido despliegue.

En la medida en que el FMLN y el FSLN demostraban tener la fuerza material y moral —elemento estratégico de la guerra íntimamente vinculado a la política según Clausewitz— suficiente para enfrentar a las tropas "nativas", el triunfo fue alejándose cada vez más. La utiliza-

ción de las FDR bajo tales circunstancias hubiera implicado inevitablemente un involucramiento escalonado y creciente de tropas tal y como sucedió en Vietnam.

Ante el fracaso de la solución exclusivamente militar, había que recurrir a la aplicación de nuevos métodos para alcanzar la victoria, la cual, para Summers, es el logro de los objetivos políticos por los que fue hecha la guerra. Había entonces que "descorrer un poco la venda que impedía ver nada que no fuese la interpretación maniquea de la 'mano negra' del comunismo internacional, aprovechando, orquestando y dirigiendo las crisis políticas del Tercer Mundo".

Así, se impone el realismo y comienzan a delinearse las directrices de la nueva estrategia a seguir, la cual se incorpora en forma tácita en las recomendaciones del Informe Kissinger para Centroamérica de 1984 y se introduce en el discurso de la administración Reagan en 1985 bajo la dominación de Guerra de Baja Intensidad (GBI) o Conflicto de Baja Intensidad (CBI).

"La GBI es una guerra contrarrevolucionaria prolongada que se maneja sobre tres ejes sustanciales: la contrainsurgencia en aquellos países en donde existe una amenaza evidente al orden establecido (El Salvador), o una amenaza potencial aunque sea incipiente (Honduras) o hipotéticamente potencial (Costa Rica); la reversión de procesos populares y revolucionarios triunfantes (Nicaragua, Angola, Mozambique, Afganistán); y el antiterrorismo, no porque el terrorismo sea revolucionario sino porque a los movimientos populares o a los gobiernos 'enemigos' se les ubica como patrocinadores del mismo de una manera maniquea."

Con la GBI el tiempo de la guerra se prolonga; el primer objetivo es el desgaste gradual y total del enemigo. La fuerza a utilizar se transforma, puesto que ya no se trata de una guerra convencional sino irregular, por lo que se reactivan las Fuerzas de Operaciones Especiales (FOE), de cuya estructura y función nos da amplia cuenta *Guerra de Baja Intensidad*. El espacio de la guerra se expande, abarcando incluso al territorio estadounidense al incluir el antiterrorismo en la triada de la GBI.

La contrainsurgencia como componente de la GBI recupera el binomio "defensa y desarrollo interno" de la era de Kennedy, con lo que la estrategia se vuelve global, incorporando respuestas de carácter económico, político, social y psicológico que complementen a la militar. Sin embargo, no son las FOE las que asumen directamente la tarea contrainsurgente como en Indochina, sino que, de acuerdo con la revisión doctrinaria, esta función pasa a ser desempeñada por los ejércitos "nativos" bajo el entrenamiento de aquéllas. El objetivo sigue siendo la conquista de los "corazones y las mentes" de la población a fin de erosionar la base social de los movimientos insurgentes, por un lado, y del gobierno sandinista, por el otro.

En lo que se refiere a la reversión de procesos, la GBI evoca lo que John Foster Dulles recomendara en los años cincuenta respecto a Europa Oriental, lo cual coincide con el principio de la ofensiva en términos de inicia-

tiva, introduciendo un cambio cualitativo en la doctrina de la contención. Ya no se trata únicamente de "trazar la línea" sino de "liberar" a naciones que han caído dentro de la "órbita soviética", para lo cual se fomenta y apoya la constitución de fuerzas contrarrevolucionarias (como la resistencia nicaragüense) al tiempo que las FOE realizan actividades clandestinas en contra de la infraestructura económica del enemigo, en este caso Nicaragua.

Con el antiterrorismo se amplía la gama de posibilidades de intervención y se pretende actuar sobre el público estadounidense e internacional, con la intención de legitimar operaciones "quirúrgicas" tipo Libia o cualquier otra eventual represalia contra supuestos patrocinadores del terrorismo internacional, cuya amenaza se magnifica al vincularlos con el narcotráfico.

En suma, la GBI es, para Estados Unidos, una pequeña guerra sucia con la que se busca minimizar los costos políticos, económicos, militares y humanos de la invasión y a la vez, garantizar el factor moral de Clausewitz mediante la búsqueda de unidad y consenso en torno a la política de intervención. Esto último se vincula a la ofensiva político-diplomática emprendida por el gobierno de Reagan con miras a legitimar tanto a los regímenes aliados como a los "luchadores de la libertad".

Para Nicaragua, en cambio, la GBI implica librar una guerra total, ya que para enfrentar la agresión externa destiná todos sus recursos económicos, políticos, militares, humanos y diplomáticos. Sin embargo, ello mismo le concede una fuerza moral superior, al ser el pueblo el que ha tomado las armas — hecho al cual apuntan las tendencias en El Salvador —, mientras que Estados Unidos y sus aliados asumen la concepción neoclausewitziana de la guerra total, utilizando únicamente a los efectivos regulares de los ejércitos como elementos activos de la guerra.

El hecho de que la GBI se haya privilegiado sobre el rápido despliegue no significa que la opción invasión se deseché. Las maniobras "Lempira 87", "Ahuas Tara 87", "Terencio Serra 87", "Pegaso 87" y "Escudo Sólido", entre otras, dejan constancia de ello. Tal y como lo planteaba la doctrina de la reacción flexible, existe la posibilidad de que el conflicto escale a un nivel de mediana intensidad.

Guerra de Baja Intensidad resulta, sin duda, fundamental para comprender las nuevas tendencias de la guerra imperialista a la que tendrán que hacer frente las fuerzas del cambio. En otro tiempo fue Vietnam; ahora es Centroamérica, junto con muchos otros pueblos que intentan ser autores de su propia historia.

Las perspectivas que se plantean para la GBI a raíz del escándalo *Irangate* y de la recuperación del Congreso — y probablemente del gobierno en 1989 — por parte del Partido Demócrata son, como lo señala Lilia Bermúdez a manera de conclusión, más de forma que de contenido.

Ni republicanos ni demócratas parecen estar resignados a aceptar y reconocer la principal lección que dejó

Vietnam, esto es, los límites del poder "hegemónico" estadounidense. Pero frente a los pueblos centroamericanos como sujetos revolucionarios ¿serán suficientes las "innovaciones" doctrinarias para que Estados Unidos salga victorioso de otro Vietnam?

Mabel Gómez Oliver